

## LEYENDO AD NAUSEAM

Mudos, sí; pero lectores... Cuando San Agustín de Hipona sorprendió al obispo de Milán, San Ambrosio —patrón de los fabricantes de velas, entre otros honores—, leyendo en la soledad de su gabinete en silencio, el santo y sabio autor de *Las confesiones*, conocido como «el Doctor de la Gracia», se sorprendió tanto que lo primero que pensó fue que el prelado se había vuelto loco. Leer sin articular palabra significaba una novedad inconcebible en aquellos tiempos en que los pocos que eran capaces de leer lo hacían en voz alta y, por lo general, acompañados. No sería descabellado afirmar que con la actitud del señor obispo nacía el que podríamos definir como «lector mudo».

Recuerdo lo mucho que me sorprendió la confesión que un amigo, agazapadamente tímido y desaforado lector, me hizo hace ya muchos años en el sentido de que era capaz de leer mientras cocinaba, y, en el caso de verse apurado por su ímpetu lector, incluso sería capaz de abrir un libro y ponerse a leer bajo la ducha. Ignoro cómo se las arreglaba, pero me confesó —y era un hombre sincero, de donde crecen las palmas— ser igualmente capaz de leer incluso en medio de la oscuridad absoluta de su cuarto, gracias a una mezcla, así lo dijo él, de tacto e intuición... Al parecer, mientras despachaba la cópula de los sábados, dejaba apoyado contra los barrotes del cabecero un libro abierto que iba leyendo tranquilamente, consiguiendo despachar a un tiempo, y con la debida atención, las dos ocupaciones de alto riesgo afrontadas; esto lo supe gracias a la confesión de alguna de sus múltiples *partenaires*. Tacto e intuición... Cuando mi amigo regresó del Reino Unido, tras una estancia prolongada, se presentó transformado en un incontrolable *namedropper*, y sin más lo acompañé a la consulta de un médico especialista en vaguedades. El doctor no tuvo dudas en el diagnóstico: libropesía. ¿Su vida corre peligro, doctor?, pregunté al especialista en un aparte. Por supuesto, confirmó el médico; puede morir en cualquier momento de empacho conceptual. Inmediatamente recordé el aviso de Edgard Allan Poe: «las palabras, y más las impresas, matan».

Ni que decir tiene que mi amigo siempre ha sido, además de un hombre sincero, de donde crecen las palmas, un hombre de pocas palabras y excesivas lecturas, pero un buen hombre, joder.